

arena movediza de la palabra humana. El Jesuita no decide las cuestiones en su nombre, sino que marcha apoyado en la tradición, se adhiere á la prolongada cadena de los Padres y Doctores de la Iglesia, hácelos intervenir sin cesar en las polémicas, los confronta y los coteja para que brille en toda su pureza la verdad; al paso que el protestante repudia estas autoridades, sustituye su opinión particular á la voz de los antepasados, y trata de interpretar la Biblia sin haberla estudiado. Los Jesuitas, de consuno con la Iglesia universal, desarrollaban lo que debia ser creído eternamente, do quier y por todos, *quod semper, quod ubique, quod ab omnibus*; en tanto que los Hugonotes no se remontaban á tanta distancia en la tradición: y hé aquí lo que á los ojos del cristiano y de los sabios da á las doctrinas del catolicismo un peso y una madurez contra los que serán siempre inútiles todos los esfuerzos del hombre.

Hemos visto á los Jesuitas trabajar en todos los puntos del campo de la Biblia; pero para reasumir el conjunto de sus trabajos intelectuales, es preciso verlos interrogar á los santos Padres y Concilios, autoridades irrefragables en las controversias religiosas, al par que testigos y custodios de la tradición. No contento Andrés Schott, en sus cátedras de Lovaina, Toledo y Roma, con adicionar, publicar y traducir á san Basilio el Magno, san Cirilo Alejandrino, san Paulino y san Isidoro, escribe sobre los Padres y poetas griegos y latinos, y descansa de sus comentarios teológicos haciéndolos sobre Séneca, Emilio Probo, Cornelio Nepote, Ciceron y Pomponio Mela. Gil Bucherio, belga como el anterior, se consagra á los mismos estudios y con igual éxito. Después de enriquecer con sus Anotaciones á Gregorio de Tours, interpreta á Victorino de Aquitania, y demuestra la exactitud de la cronología eclesiástica. Baltasar Cordier, Carlos Goswin y Cristóbal Brouver reducen á principios el modo de estudiar. La mina era inagotable; pero conociendo los Jesuitas que sus tareas oscuras y fastidiosas derramaban una nueva luz sobre la historia del cristianismo, continuaron la ya empezada galería. Cordier, helenista profundo, tradujo los Padres griegos; Goswin recopiló las obras de Tertuliano; Brouver, á quien el cardenal Baronio ha elogiado con tanta frecuencia, se dedicó á poner en claro las de Venancio, Fortunato y Raban Mauro; el P. Francisco Viger vertió del griego al latin la Preparacion evangélica de Eusebio; por

último, otro Jesuita de Burdeos, el P. Fronton du Duc comentó y tradujo á san Juan Crisóstomo, san Basilio, san Gregorio Niseno, san Gregorio Nacienceno, Clemente Alejandrino y la *Historia eclesiástica* de Nicéforo Calixto; comunicando una consagracion nueva á estas obras tan ricas en originalidad. El P. Jacobo des Bans le imitaba, y el P. Sirmond se hacia en medio de tan doctos personajes un lugar que nadie osará disputarle.

Y en efecto, Jacobo Sirmond no es solamente un sabio como los que acabamos de nombrar, sino que es además anticuario y teólogo, helenista y literato: nada se escapa á su erudicion; pero sabe presentarla bajo una forma atractiva. En Roma ha vivido mas tiempo en la biblioteca del Vaticano que en su aposento, donde los cardenales Baronio, Ossat y Barberini tenian á grande honor ser admitidos como amigos: él es quien ha revelado al mundo científico los sermones de san Agustin y Teodoreto de Ciro; él quien ha publicado las cartas de Teodoro Studita, las obras de Sidonio Apolinar, las de san Valerio y las del cardenal Geoffroi; él quien, jurisconsulto en la Historia, anotó el código Teodosiano y las Capitulares de Carlos el Calvo; él quien reunió en una coleccion los antiguos Concilios de las Galias y las Constituciones de los principes; él en fin, quien, en medio de estas investigaciones, halló ocasion de atacar á Saumaise, Richer y San-Cyran¹. El P. Sirmond era entonces la gloria de la Compañía en Francia. Otros Jesuitas quisieron caminar en pos de sus huellas, y aparecieron en el mismo tiempo los PP. Teófilo Raynaldo y Juan Hardouin; pero el amor á la paradoja junto con su pasion de las ideas singulares y arriesgadas empañaron demasiadas veces el brillo de su inteligencia.

No obstante, prescindiendo de esta censura, que la historia debe dirigir tanto á los excesos de la imaginacion, como al abuso de las mas brillantes facultades, estos dos hombres se mostraron dignos de sus antecesores y de sus sucesores. El P. Teófilo hizo anotaciones á las obras de san Anselmo, san Leon el Grande, san Máximo, san Pedro Crisólogo, san Fulgencio y san Ustero. Ray-

¹ Pascal, en una de sus *Provinciales*, no ha perdonado al P. Sirmond, si bien confundiendo al sobrino con el tio. Jacobo tenia un sobrino, Antonio Sirmond, menos célebre que él. Sabedores los Jansenistas de que este último era un enemigo mas débil, dirigieron contra él sus ataques, imputando al tio algunas obras del sobrino.

naldo, lo mismo que el Jesuita Labbe, era un hombre á quien los libros habian dado la existencia y dieron la muerte, segun expresion del P. Commire; pero, como él, no se limitaba al recinto de su monasterio. Necesitaba ruido y esplendor, movimiento y controversias; pero á pesar de las virtudes religiosas de que estaba dotado, solo se dejó ver en el mundo para enconar las querellas. Tal es la suerte de los que no saben contentarse con la porcion de ventura que le ha cabido á cada uno, y que siempre en pugna con los demás, no se ponen en contacto con ellos sino para dominarlos. Ese espíritu de exclusivismo, procedente de tantas causas humanas, y que nosotros designamos en ciertos Jesuitas, no les impidió en manera alguna el crear grandes cosas.

El P. Labbe, el mas docto y modesto de los hombres, abria á la ciencia un nuevo camino. Después de haber terminado la Coleccion de los concilios, compuso sesenta y cuatro tratados que todos tienen un gran interés teológico é histórico. Este Jesuita no decia con el P. Hardouin ¹: «¿Creeis por ventura que me levanto todos los dias á las cuatro de la mañana para ser de la opinion «de todo el mundo?» sino que era todo de su siglo, y especialmente de su Instituto. Abandonaba sus obras á la censura de la Iglesia y á la de su Compañía. El P. Hardouin, aunque sin traspasar los límites, se entregó demasiado á la manía habitual de los sabios: afectó originalidad cuando hubiera podido mejor que nadie buscar su gloria en la realidad del talento. Distruido por naturaleza ó por cálculo, y no satisfecho con rivalizar con Labbe al formar la recopilacion de los Concilios ó al publicar al naturalista Plinio y á Themistio, ambicionó una de esas reputaciones que comunica el paradjismo, obteniéndola tan completa, que ha perjudicado á la de que le habian posesionado tantas obras serias. En Francia se organizaban en la misma época grandes trabajos sobre los Concilios. José Hartzheim, Herman Scholl, Gil Neissen y Carlos Peters, que no consentian que la Alemania, su patria, careciese de esta gloria que daban á la Europa entera los Jesuitas sus cohermanos, reunieron en diez volúmenes la coleccion de los Sínodos germánicos. En la misma época publicaba el P. José

¹ El obispo de Avranches, Huet, ha descrito con un solo rasgo el carácter y talento del P. Hardouin: «Trabajó, dice, por espacio de cuarenta años por arruinar su reputacion, y no ha podido conseguirlo.»

Acosta su concilio de Lima y su *Cristo revelado*; Gaspar Petrowsky traducía en polaco el concilio de Florencia; Pallavicini escribia la historia del de Trento, y siendo preciso darle á conocer en Levante, el P. Elian le vertia al árabe.

Es verdad que en estas tareas, en que la paciencia viene á ser una especie de genio, han sido sobrepujados los Jesuitas. Los Benedictinos se aprovecharon de este sendero tan penosamente trazado por estos hombres estudiosos, ingresaron en él, los eclipsaron con su método mas claro; pero tambien es innegable que el pensamiento primordial pertenece todo entero á la Compañía de Jesús. Esta Sociedad es la que convencida, en medio de sus misiones, de su enseñanza, de sus triunfos y persecuciones, de la necesidad de erigir en el mundo católico este gigantesco edificio, sentó la primera piedra, y bosquejó el órden de su arquitectura. Los Benedictinos, que venian después, podian y debian perfeccionar la obra.

Y no se interrumpia por cierto la nomenclatura de teólogos que produjera la Orden de Jesús en este último eslabon de la ciencia: habíalos que se resignaban á desempeñar el papel de cronologistas y anotadores, mientras encanecian otros descifrando un texto ignorado, ó recopilando los manuscritos dispersos de un Padre, de un Doctor ó de un historiador eclesiástico. Pero en cada una de las provincias de la Sociedad se dejaba ver un número mayor que se lanzaban impávidos á un camino todavía no trillado. Pedro de Arrubal, uno de los luchadores en las congregaciones de *Auxiliis*, escribió su tratado sobre Dios, la Trinidad y los Ángeles; Juan Azor, á quien Bossuet ha elogiado en sus Estatutos sinodales, compuso sus *Instituciones morales*; Avellaneda trató del sigilo sacramental; Diego Álvarez, consejero y guia de los legisladores y juristas de su época, dió la última mano á su obra sobre los *Testamentos y casos de conciencia en el artículo de la muerte*; Francisco Albertin dedujo sus corolarios teológicos de los principios mismos de la filosofia; Francisco Aguado designó las virtudes necesarias al *Religioso perfecto* y al *Sabio cristiano*; Arias dió á luz algunos libros ascéticos, recomendados por san Francisco de Sales en su *Vida devota*; Baltasar Álvarez, director y maestro de santa Teresa de Jesús, redactó su *Índice*; y finalmente Álvarez de Paz, sugeto que ha dicho tantas cosas buenas y que hizo muchas mas todavía; Luis Ballester, autor de la *Hierologia*; Gil Co-

ninck, Antonio Carvalho, Alarcon, Ruiz de Montoya, Bernardino Villegas y Agustín Justiniani, hijo del dux de Génova, forzaron, de consuno con sus colegas, á la ciencia, historia y filosofía á proclamar las verdades que ellos predicaban.

Sin embargo, todos estos nombres gloriosos en los escaños de las aulas se ofuscan ante uno mas afamado que los eclipsó á todos. Dionisio Petau, el genio de la erudicion, el Jesuita que lo estudió todo y que todo lo sabe á la manera de los grandes hombres, se deja ver á los veinte años en la cátedra de filosofía de Bourges, y desde este día hasta el de su muerte no hay un solo triunfo que no se haga sufrir á su humildad. Profesor de elocuencia ó de teología, orador como Ciceron, poeta como Virgilio, reúne todos los contrastes: consúltanle los literatos de Europa, los obispos acogen sus decisiones, proclámanle restaurador de la teología dogmática; y Petau es el único que se asombra de la celebridad que se ha granjeado en todos los confines de Europa, porque ignora ó trata de ocultar su mérito. Este hombre, que en sus ratos perdidos y paseándose sabe traducir en versos griegos los Salmos de David, ha legado obras á la posteridad, que jamás se borrarán de la memoria de los escritores sagrados. Su *Teología dogmática*, su *Ciencia de los tiempos* y su *Jerarquía eclesiástica*, le crean un lugar preeminente aun en medio de los sabios. El sumo Pontífice, que deseaba recompensar á un hombre semejante, quiso de concierto con el Monarca francés colocar entre los príncipes de la Iglesia al Jesuita que tan alto se habia elevado por su mérito; pero apenas llega á sus oídos la noticia de la dignidad que le amenazaba, cuando encerrado en su aposento, llora, palidece, tiembla de piés á cabeza, y escribe al Papa que si persiste en la idea de investirle con la púrpura romana, morirá de pesadumbre. Apodérase de él una fiebre ardiente, declarándose con tal intensidad, que para calmar sus transportes se ven precisados á decirle, que ambas cortes habian ya renunciado al proyecto de conferirle el capelo. Esta seguridad provoca una crisis feliz; y cuando el humilde Jesuita se hubo restablecido, ni el Papa ni el Rey osaron ya exponer su vida en una lucha en que la modestia podia mas en su alma que la ambicion.

Gaspar Hurtado, Juan de Lugo, á quien Urbano VIII honró con el capelo; Leonardo Lessio, Maldonado, Martín Becan, Fernando de Castro-Palao, Pablo Comitolo, Pedro Alagoná, Anto-

nio Escobar, Pablo Layman, Esteban Bauny, Vicente Filiucci, Claudio Lacroix, Valerio Reynaldo, Herman Busebaum y Tomás Tamburini, vienen á lanzar un nuevo reflejo de grandeza teológica y erudicion moral sobre este venturoso siglo iluminado ya por el P. Petau.

Pero la justa crítica de unos, y el farisaico rigorismo de otros, dirigen á varias de estas celebridades escolásticas amargas reconvencciones; al par que imputaciones de que no ha dejado de sacar partido la sátira¹ y la malignidad pública. El nombre de Escobar ha pasado en la lengua francesa á ser el sinónimo de todas las supercherías de conciencia y de todas las agudezas reprehensibles, tanto delante de Dios, como delante de los hombres. Píntase á este escritor como el prototipo de la moral relajada, de la misma manera que se ha procurado hacer pasar á otros como los defensores del regicidio, y los aprobadores secretos de todos los crímenes sociales. La teología de los Padres ha sido puesta muchas veces en tela de juicio, y adulterada muchas mas; quedando sobre sus graves in-folios, que jamás ha hojeado el mundo, y cuyos títulos tal vez no ha oído siquiera pronunciar, un barniz tal de escándalo, que la historia no puede aceptar sin profundizar las causas que hayan dado lugar á ello.

Y desde luego pasamos á enumerar las principales proposiciones extractadas de todas las obras de teología de la Orden de Jesús, que dieron márgen á las imputaciones de moral relajada. Hélas aquí:

«No nos atreveríamos á condenar al que solo hubiese hecho una vez durante su vida un acto formal y explícito de fe y de caridad.

«La fe de un solo Dios, y no de un Dios remunerador, parece únicamente necesaria con necesidad de medio.

«Satisfácese al precepto de la caridad con solos los actos exteriores.

«Está permitido regocijarse de la muerte de su padre, no con-

¹ Nadie hay que ignore el brindis improvisado por Boileau en Bavière, en casa del primer presidente Lamoignon, donde se hallaba tambien Bourdaloue.

Si Bourdaloue un peu severe
Nous dit: Craignez la volupté,
Escobar, lui dit-on, mon Père,
Nous la permet pour la santé.

Si Bourdaloue algo severo
Temed el deleite, dice;
Replicanle con salero:
Escobar menos austero
Por la salud le permite.

«siderada bajo el aspecto del mal acaecido al padre, sino en cuanto al bien que le resulta al hijo.

«El criado que concurre con su amo á la perpetracion de un crimen no peca mortalmente, si teme ser maltratado ó despedido.

«Está igualmente permitido el prestar juramento sin intencion de quedar obligado, si hay alguna razon ó causa para ello.

«Hállanse excusados de la ley del ayuno los que viajan á caballo, aun cuando lo verifiquen por puro recreo.

«Un militar que se ve provocado á un duelo puede aceptarlo, «si teme ser tenido por cobarde.»

Estas teorías, desarrolladas por ciertos casuistas de la Compañía de Jesús, y condenadas por ella antes de que lo fueran por la Santa Sede, no son el producto de corrupcion alguna moral ó de un corazon depravado. Los Jesuitas que se extraviaron en ellas en volúmenes olvidados ya, no eran de esos hombres que, segun una expresion de la Biblia, sienten el vicio filtrar como el agua en sus entrañas, sino que sus virtudes y caridad les merecieron el aprecio general. Pero dejáronse arrastrar, como la mayor parte de los talentos entregados á los estudios especulativos, de la necesidad de crear nuevas dificultades, ó de no imponer á las almas tibias ó rebeldes el menor peso posible. Hay cristianos que hacen lo menos que pueden con tal que puedan deslizarse, por decirlo así, en el paraíso, y algunos Padres del Instituto creyeron que era prudente ponerse al nivel de estos cálculos, y suavizar hasta la mas extremada tolerancia el rigor de los preceptos. Incapaces de sospechar mal, tendieron la mano á todas las debilidades y á todos los desórdenes, excusando los unos, y tratando de explicar los otros. Á la manera de algunos hombres á quienes la misma castidad de su vida hace impuros algunas veces en la expresion, encontraron en sus labios esas palabras é imágenes cuya obscenidad convencional rechaza la elegancia depravada del mundo: pretendiendo unos descubrir el origen del mal para aplicar un remedio oportuno á ciertos vicios cuya intensidad les revelaba el tribunal de la penitencia, se lanzaban al extremo opuesto; y experimentando otros esa necesidad de innovar que á la sazón aquejaba á todas las escuelas, pusieron en tortura su mente, ya para resolver casos imposibles, ya para desviar la dificultad moral. Buscaban lo mejor, y hallaron lo malo, pero lo

enseñaron con un candor, que solo pudo igualarse con su obediencia, cuando el sumo Pontífice y los jefes del Instituto se indignaron contra ciertas doctrinas perniciosas. Mas estas eran incapaces de producir resultado alguno, puesto que eran una especie de excepcion; pero los ingenios habituados á la lucha de la polémica hojearon los empolvados in-folios que las contenian, y las entregaron á la publicidad. Ni cabe duda que los Padres, autores de esos crímenes teológicos, eran dignos de vituperio; pero «yo quisiera, se dice en la *Enciclopedia*¹, que un buen casuista me hiciese ver quién es mas culpable, aquel á quien se le esca una proposicion absurda, que pasaria desapercibida ó sin consecuencia, ó el que la observa y la eterniza.» La moral relajada de Esequio, abrumada bajo el peso de tantas censuras, es sin embargo un código, cuyas prescripciones tambien *relajadas* pocos hombres probos ó cristianos, segun el mundo, se sentirian con la suficiente fuerza para ponerlas en práctica.

Al lado de estos doctores que disertan sobre las leyes de Dios y de la Iglesia, vemos brillar otros teólogos no menos interesantes. Tales son los ascetas y moralistas. Reguladores estos de la piedad, al par que maestros de la vida contemplativa, han creado en la devocion una literatura aparte; sus obras, mucho mas generalizadas, disfrutaban de una popularidad que nadie osará contestarles.

Los Jesuitas ascetas debian naturalmente fijar sus miradas en los *Ejercicios* de Loyola. Este era el libro de sus meditaciones continuas, y por lo mismo trataron desde luego de explicar su sentido y sus bellezas místicas; tarea filial que fue desempeñada con éxito, y que contó entre sus elaboradores á los PP. Ignacio Dier-tins, Antonio Gaudier, Luis de la Palma, Juan Suffren, Gaspar Druzichichi, Tobías Lohner, José Petit-Didier, Luis Bellecius, Claudio Judde, Julian Hayneuve y Gabriel Martel. Consagrándose Francisco Neveu y Jacobo Nouet á estas piadosas tareas que han eternizado su nombre, dieron á su estilo esa sencillez que le ha hecho tan atractivo como sólido. Gerónimo de Gonnelle tradujo y comentó la *Imitacion de Jesucristo*, el mejor libro, segun Fontenelle, que ha salido de manos de hombres; Juan Brignon dió á conocer á la Francia el *Combate espiritual*; Rodriguez compuso sus *Ejercicios de perfeccion cristiana*; el P. Saint-Jure desar-

¹ *Enciclopedia*, tomo II, pág. 737.

rolló el *Conocimiento del amor de Jesucristo*; Rogacci en Italia, Lanciski en Polonia, Jeremías Drexelius, Eusebio de Nieremberg con su *Diferencia entre lo temporal y eterno*, Juan Croisset con su *Año cristiano*, Herman Hugo con su *Pia desideria*; Antonio Roissieu, Gerónimo Platus, Balinghem y Juan Crasset, resucitaron y nutrieron la piedad por medio de la unción del lenguaje, y por el método introducido en la oración. La *Doctrina espiritual* de Luis Lallemant, el *Catecismo* y los *Diálogos* de José Surin, las *Cartas* de Juan Rigoleu, los escritos llenos de suavidad y moción de Vicente Huby, los de Francisco Guilloré, cuyo estilo ha envejecido, mientras que sus preceptos jamás carecen de novedad; los de Caussade y Luis Le Valois, Adriani, Pedro de Barri, Alejandro des Ursins, Luis Spinola, Andrés Rensius, Antonio Vivien, Bartolomé Jacquinet, Carlos Mussart, Francisco de Bonald, Juan Borghese, Lorenzo Chifflet, Lucas Pinelli, Marcos de Bonnières, Luis Makeblidius, Jorge de Arriega, Felipe Berlaimont, Esteban Parisot, Felipe de Outreman, Pedro Guzman y cien otros, se estimularon á la virtud por medio de la dirección, del ejemplo y del consejo. Baltasar Álvarez «uno de los mas sublimes contemplativos de su siglo,» según el dictámen de Bossuet y del P. Luis de La Puente, que ha merecido el mismo epíteto de boca del gran obispo de Meaux, fueron con Rodríguez los modelos de esta parte de la literatura sagrada.

En el espacio de un siglo habían abordado y resuelto todas las cuestiones generales y particulares de la moral cristiana ó de la perfección religiosa. Compartíanse los trabajos, escribían para todos los estados y edades, y el rey, el soldado, el sacerdote, el regular, el padre, el hijo, el amo, el criado, los jóvenes especialmente, hallaban todos en las obras de los Jesuitas el alimento de su alma. Eran populares como la Religión, porque cual el libro del P. Gallifet sobre la *Devoción al sagrado Corazón de Jesús*, penetraban en el espíritu y en las necesidades del pueblo. Verdad es que los discípulos de Loyola no han sido los primeros en trillar el sendero de la literatura moral, de la que Bossuet y Fénelon nos legaron modelos tan acabados. Antes que ellos habían ya revelado este manantial inagotable de ternura, gratitud y amor un san Agustín, san Anselmo, san Juan Climaco, san Bernardo, san Buenaventura y Fr. Luis de Granada; pero una vez trazado el camino, los Jesuitas le recorrieron y le ensancharon en todos

sentidos, componiendo sobre la ciencia divina una multitud de obras elementales, que la fe ha colocado entre las clásicas. Con este arte de multiplicarse, que parece inherente á la Sociedad, no solo consiguieron propagar las instituciones piadosas, los retiros anuales y los ejercicios espirituales, sino que después de haber defendido la unidad y el dogma, llegaron á hacerlos amar.

Grandes obras de moral existían antes de la fundación del Instituto, y después de él se dieron á luz otras. Entre los antiguos, tenemos los *Caractéres* de Teofrasto, los *Diálogos* de Platon, las obras filosóficas de Ciceron y de Séneca, y el *Manual* de Epicteto; entre los modernos, los *Pensamientos* de Pascal, los *Caractéres* de la Bruyère, las *Máximas* de La-Rochefoucauld, las *Reflexiones morales* del canciller Oxenstiern, y las *Consideraciones* de Düclos, que disfrutaban con justo título de una gloria merecida. Pero por perfectas que sean todas estas obras, ¿qué reforma han obrado en las costumbres? Séneca escribiendo su tratado del desprecio de las riquezas en una mesa de oro; el ambicioso Oxenstiern vituperando la ambición, y el egoísta La-Rochefoucauld criticando al egoísmo, ¿corrigieron acaso la humanidad de la sed del oro, de la ambición y del egoísmo? ¿Cuál es la familia, dónde está el individuo que les deba ó les atribuya su bienestar y su perfección? La filosofía lanzada á la faz del mundo en apogemas, reducida á sentencias, y para dar un colorido á su frase, pretendiendo tomar los caprichos del mundo mas bien por el lado del desden que por el de la conmiseración, es de todo punto impotente; puede, es verdad, como los cómicos de todas las épocas, excitar la risa sobre las extravagancias del hombre; puede criticar el vicio, burlarse de las preocupaciones y las pasiones, provocar, en fin, el ridículo sobre todas las miserias que pesan sobre todos los mortales; pero ni jamás la será posible avanzar un solo paso, ni será jamás ella quien inspire los santos pensamientos ó refrene los malos. La filosofía no tiene bastante fuerza para consolar, para ilustrar á las almas, para aligerar el peso de las fatigas, para mitigar la amargura de los dolores, para oponer un dique á la violencia de los deseos, ó para secundar en el cumplimiento de nuestros deberes. Los escritores moralistas han creado obras admirables bajo el punto de vista literario; han disecado con una rara sagacidad todos los instintos corruptores; han son-